

SALAZ. No me avergüences por Dios, y recuerda que esto lo hemos convenido anteriormente. Cuando yo te pregunté hace seis años si querías ser mi mujer, te prevení que no podía ofrecerte un matrimonio tal como le sueñan las mujeres á la edad que tú tenías. Ni la mía, ni mi posición me permitían hacer el papel de Romeo, ni aun llamándote tú Julieta. Hemos contratado uno con otro una alianza defensiva contra las luchas de la vida. Eras tan modesta; estabas tan triste al lado de aquella anciana cuya razón se extinguía poco á poco, que yo me creí con el derecho de ofrecerte mi nombre y mi ternura, para ampararte y protegerte definitivamente. ¿Qué hubiera sido de tí, después de su muerte? Recuerda lo que te dije: «Yo al dar á usted mi mano, la advierto que sólo podré pasar á su lado uno ó dos meses al año; pero sabré en mis largos viajes, que hay en tierra una persona que piensa en mí y que espera mi regreso. ¿Quiere usted ser mi amiga hoy, mi compañera durante algunos años, mi hija después hasta el día de mi muerte? Tú aceptaste: esto es lo que convinimos, á esto estamos obligados.

ESCENA V.

DICHOS, RICARDO y CLARITA.

RIC. ¡Aquí está mi lugareña!

JULIA. (¡Ah! ¡Valor!)

RIC. (No sabe que soy su padre. No se lo diga usted nunca.) (Ap. á Salazar.)

SALAZ. (Ap. á Ricardo.) (¡Descuidal) (Alto á Clarita que ha cruzado con Julia una seña, invisible para todos.) Entra, hija mía, entra. Las personas que están aquí, sólo quieren tu bien.

- CLARITA. ¡No hay más que mirarlas á la cara para conocerlo!
- SALAZ. ¿Cuántos años tienes?
- CLARITA. Voy á cumplir siete, ¿no es verdad, don Enrique?
(Ricardo hace una señal de asentimiento.)
- SALAZ. ¿Y cómo te llamas?
- CLARITA. Clara. En el pueblo me llaman Clara Martínez, que es el apellido de mi nodriza; pero yo no me llamo más que Clara.
- RIC. ¡Es un bonito nombre!
- SALAZ. ¿De modo que no tienes pariente alguno?
- CLARITA. Sólo he conocido á la familia que me ha criado, y á este señor á quien mis padres encargaron que cuidase de mí. Hoy ha sido muy bueno conmigo.
- SALAZ. ¡Dále un beso!
- RIC. ¡Ya sabe la pícarilla que la quiero! (Besándola superficialmente.)
- SALAZ. Y si nosotros quisiéramos encargarnos de tí y tenerte á nuestro lado, ¿serías dichosa?
- CLARITA. ¡Ya lo creo!
- SALAZ. ¿Te tratan mal las gentes con quienes vives?
- CLARITA. ¡Oh, no! pero están muy ocupados y nunca hablan conmigo.
- SALAZ. ¿Y tú tienes mucha gana de hablar?
- CLARITA. Me gusta contar lo que me pasa. Esta señora sí que me escucharía. (Movimiento instintivo de inquietud en Julia: al ver acercarse á Clarita.) ¡Oh! no tema usted nada, señora; que yo soy buena y no le daré ningún disgusto. Yo hago todo lo que me mandan.
- SALAZ. ¿Por qué no hablabas con el señor? (Señalando á Ricardo)
- CLARITA. Iba poco á verme, y siempre estaba de prisa.
- RIC. Mis negocios... mi oficina...
- SALAZ. Puesto que sabías escribir, debías haberle escrito para que fuera á verte.
- CLARITA. No sabíamos sus señas: sólo sabíamos su nombre... don Enrique.
- RIC. (Yo los he ocultado siempre mi nombre verdadero.)
(Ap. á Salazar.)

SALAZ. (Comprendo. ¡Está tranquilo!) (Ap. á Ricardo.) ¿Apuesto, Clara, á que sabes cuantas veces ha ido don Enrique á verte?

CLARITA. ¡Cinco!

SALAZ. ¡No son muchas en siete años!

RIC. ¡Oh! yo he ido muchas más cuando era pequeña, sino que no puedo recordarlo.

SALAZ. Naturalmente. Pues bien, hija mía; te quedarás con nosotros; solo que yo no podré hablar mucho contigo, porque me voy mañana á un viaje muy largo.

CLARITA. ¡Tan pronto! (Cariñosamente.)

SALAZ. Pero volveré, y entonces tú y yo podremos hablar de todo lo que hayas aprendido durante mi ausencia. Mientras tanto, yo espero que Dios... ¿tú habrás oído hablar de Dios!

CLARITA. ¡Oh, sí! ¡y le he rezado tanto!

SALAZ. Pues bien; Dios que ha querido que tú no tengas padres, ha hecho que nosotros no tengamos hijos... y de ese modo...

CLARITA. ¡Ya! ¿Ustedes serán mis padres y yo su hija?

SALAZ. ¿Te conviene? ¿Lo aceptas?

CLARITA. ¡Vaya si lo acepto! ¡Qué alegría!

SALAZ. Señorita Clara, estamos conformes. (La da la mano como á una persona formal. Ella se la estrecha y se la besa; él labesa en la frente.) Te dejo con mi señora; que va á couparse de tu instalación, mientras yo concluyo mis preparativos de viaje. Además; dos mujeres que van á vivir juntas, tendrán tantas cosas que decirse...

CLARITA. ¡Oh! ¡Sí!

SALAZ. Y tú, ¿comerás con nosotros? (Á Ricardo.)

RIC. Yo... no sé. (Turbado, mirando á Julia.)

SALAZ. Vamos; come con nosotros. Día completo.

CLARITA. ¡Tendrá mucho que hacer en Madrid! Como las cinco veces que fué á verme.

SALAZ. Y aun esas cinco veces han sido muchas para él. Es preciso que le perdones.

CLARITA. Como no tenía obligación de ir á verme... Además, le quiero.

SALAZ. ¡Es encantadora! (Á Ricardo.) En fin, ¿comes aquí ó no?

RIC. No sé; tengo que hacer en Madrid...

CLARITA. ¿Eh? ¿no lo dije? (Riendo.)

RIC. No puedo dejar á la viuda todo el día esperándome...

SALAZ. Envíala una carta. ¿Ella sabe que me conoces?

RIC. Ciertamente; ¡pero la dije ayer que iba hoy á pasar el día con mi tío!

SALAZ. Entonces, envías una carta á tu tío, para que él envíe otra á la Viuda de López. ¡Qué fastidioso y qué triste debe ser pasar la vida mintiendo y engañando!
(Vanse por la derecha.)

ESCENA VI.

JULIA y CLARITA.

JULIA. ¡Ay! ¡me ahogo!...

CLARITA. (Apenas salen Salazar y Ricardo, asegurándose de que nadie puede ver lo que hace, se echa en los brazos de Julia con un arranque nervioso.) ¡Mamá!

JULIA. Calla, alma mía; ¡si te oyeran! (Aterrada.)

CLARITA. ¡No tengas miedo! pero hace tanto tiempo que no te he visto, que te comería á besos. ¡Te quiero tanto, madre mía, que estoy loca al pensar que voy á poder decírtelo á cada minuto! ¿Por qué no has ido á verme hace dos meses?

JULIA. Me ha sido imposible; pero te he escrito muchas veces. ¿No has recibido mis cartas?

CLARITA. Las sé de memoria. ¡Si yo no he aprendido á leer más que para eso!

JULIA. ¿Qué has hecho de ellas?

CLARITA. Quemarlas.

JULIA. ¿Tú has comprendido... lo que pasa?

CLARITA. Yo sólo sé que me quieres mucho, y que te adoro:

que eres mi madre y que no lo debo decir delante de nadie. Cuando estemos solas, muy solas; tú serás mi mamá, yo tu hija; y delante de gentes te llamaré señora, esperando el momento en que pueda darte muchos besos.

JULIA. ¿Y estás segura de no descuidarte nunca?

CLARITA. Cá, mamá, no te apures: aunque me pregunten no diré nada que pueda descubrir nuestro secreto. Yo quiero vivir siempre contigo. (Julia la besa.)

JULIA. ¡Oh! ¡siempre!

CLARITA. ¿Me acostaré cerca de tí?

JULIA. ¡Sí!

CLARITA. ¿En tu misma alcoba?

JULIA. ¡En la de al lado!

CLARITA. ¿Con la puerta abierta?

JULIA. ¡Sí!

CLARITA. ¿Hablabamos desde nuestras camas?

JULIA. ¡Eso es! Hasta que te duermas.!

CLARITA. ¿Y la que despierte primero le dará un beso á la otra?

JULIA. ¡Seré yo!

CLARITA. Yo despierto muy temprano.

JULIA. ¡Alma de mi vida!

CLARITA. ¡Viene gente! Me escapo. ¿Quieres ser muy buena conmigo?

JULIA. ¡Dí!

CLARITA. ¿Dónde está tu alcoba?

JULIA. Ahí. (Señalando á la derecha.)

CLARITA. Estoy muy cansada; ¿me dejas que duerma un rato en tu cama?

JULIA. ¡Ve, hija mía, ve!

CLARITA. ¡Te adoro! (Viendo al Criado que entra.) ¡Muchas gracias, señora, por sus bondades!... (Vase corriendo.)

ESCENA VII.

JULIA, la VIUDA DE LÓPEZ, un CRIADO.

JULIA. ¿Qué es eso, Juan?

CRiado. Una señora que desea hablar á usted.

JULIA. ¿Á mí? que pase. (El Criado se acerca al foro y hace una seña. Entra la Viuda de López y el Criado se retira después de saludar.)

ESCENA VIII.

JULIA, la VIUDA DE LÓPEZ. Ricamente vestida, pero con mal gusto.

VIUDA. ¿La esposa del brigadier Salazar?

JULIA. Yo soy, señora. ¿Á quién tengo el honor de hablar?

VIUDA. Á Gertrudis García, Viuda de López, que debe casarse dentro de quince días con don Ricardo Ruíz.

JULIA. (Turbada, pero dominándose.) Muy señora mía. ¿En qué puedo serle á usted útil?

VIUDA. Pues ahí verá usted. Puede usted darme unas noticias que necesito.

JULIA. Escucho á usted.

VIUDA. ¿Ricardo ha venido á Carabanchel, y á esta casa esta mañana?

JULIA. Sí, señora.

VIUDA. ¿Acompañado de una niña de seis ó siete años?

JULIA. En efecto.

VIUDA. ¿Y dónde está esa niña?

JULIA. Descansando, porque estaba muy fatigada.

VIUDA. ¿De modo que no se la puede ver?

JULIA. Al menos, no por ahora.

VIUDA. ¿Y su padre, dónde está?

JULIA. ¿Su padre?... (Levantándose.)

VIUDA. Sí, su padre. Ricardo; porque ese es su padre: usted debe saberlo tan bien como yo.

JULIA. Si usted tiene la bondad de esperar aquí algunos minutos, yo haré avisar al señor de Ruíz, puesto que es á él á quien viene usted á buscar á mi casa.

VIUDA. Tiene usted razón. Esta es su casa de usted. Perdóneme usted. Soy un poco súpita, y tengo hoy para

serlo, más motivo que otras veces. No he dormido en toda la noche; la he pasado en un coche de alquiler, y estoy en camino de hierro, en tranvía y en ómnibus desde esta mañana. (Movimiento de Julia.) Estoy rendida. ¡Gracias; no necesito nada! He comido no sé qué en el tren. Pero yo no tengo nada contra usted, señora, al contrario, y usted puede hacerme un gran favor. Las mujeres deben comprenderse, aunque no se conozcan: y si no hay amistad, debe haber por lo menos espíritu de cuerpo, como dicen los hombres. Sólo para unirnos contra ellos. ¡Buenos son todos! ¡En fin, señora; yo tengo interés en saber la verdad acerca de esa niña que Ricardo ha traído aquí hoy: es preciso que yo lo sepa, cueste lo que cueste! Esa niña tendrá una madre; por fuerza; nadie viene al mundo sin eso: yo quiero conocer á esa madre; verla, hablarla y explicarme con ella á mi gusto. ¿La fastidió á usted? Acabo en seguida. Ricardo me dijo anoche, afectando la mayor indiferencia. «Si mañana hace buen día, iré á almorzar con mi tío al Escorial.» Yo no sé por qué desconfié en seguida de sus palabras: le dejé marchar, y le seguí. Entró en su casa; no había nada que decir; yo me instalé en un simón á cien pasos de ella. Á las seis de la mañana salió, y se dirigió, no á la estación del Norte, sino á la del Mediodía. Mi primer movimiento fué ponerme entre la ventanilla del despacho de billetes y él: armarle un escándalo y decirle delante de todo el mundo: «díme, tunante, ¿es por esta línea por donde vas al Escorial? Pero entonces no hubiera averiguado nada, y yo quería saber por qué me había mentido. ¿Qué quiere usted? Las mentiras me exasperan; no lo puedo remediar. Yo le he contado toda mi vida; él la ha aceptado, y en paz. En fin, ha tomado un billete para Pinto; ha entrado en una casa de pobre apariencia y ha salido de allí á la media hora con una niña y una maleta. Yo no podía preguntar nada á aquellas gentes, porque tenía que seguir á

mi hombre sin que me viera, lo que no me ha costado poco trabajo, pero he encontrado medio de saberlo todo. Ricardo volvió á tomar el tren; llegó á Madrid, y salió inmediatamente con la chica y la maleta por el tranvía de la Plaza Mayor. Yo le he seguido en otro coche de alquiler; le he visto bajarse en la fonda: dejar allí á la chica, venir á esta casa; volver á la fonda por la chica, y volver á entrar con ella otra vez en esta casa. He preguntado quién vivía aquí, y al saberlo no me ha extrañado. Conozco á usted hace mucho tiempo.

JULIA. ¿Á mi?

VIUDA. La diré á usted. Al principio de nuestras relaciones, Ricardo me hablaba muchas veces del brigadier Salazar, amigo de su padre, y me decía que este señor era casado. Voy á decirle á usted la verdad. Como yo soy celosa, no lo puedo remediar, y como yo no me fío de ningún hombre, quise conocerla á usted. He venido varios domingos á Carabanchel sólo para eso; la he visto á usted, y como era usted bonita no me quedé muy tranquila. He tomado, sin embargo, informes, y todos me han dicho que es usted una santa.

JULIA. Señora...

VIUDA. No se incomode usted que no hay muchas. Yo he hecho seguir á Ricardo... ¿qué quiere usted? yo paso mi vida en eso... no comprendo que se ame de otro modo... y he sabido que jamás ha puesto hasta hoy los piés aquí, ni durante las largas ausencias del brigadier; por consiguiente no hay nada entre ustedes. Pero hoy ha venido trayendo aquí á su hija... porque ¿es su hija, no es cierto? ¿Por qué no me lo ha de decir usted? Yo la juro, que no diré á nadie que usted me lo ha dicho. ¿Quedamos en eso?

JULIA. El señor de Ruiz debe estar en el jardín con mi marido. Voy á hacerle saber que una señora desea hablarle; esto es lo único que puedo hacer por usted.



- VIUDA. No; no le diga usted que quiere verle una señora; sospecharía en seguida que era yo, y me inventaría una historia; dígame usted sólo que preguntan por él.
- JULIA. Haré lo que usted desea.
- VIUDA. ¡Gracias! ¡gracias! ¡Ah! ¡con franqueza! ¿Puede usted hacer que me den un vaso de cerveza, de vino, de agua, de cualquier cosa?
- JULIA. ¡Con mucho gusto!...
- VIUDA. ¡Ah! ¡Ricardito! ¡Ricardito!... Si me han engañado... ¡ay de tí! y ¡ay de ella!... (Sentándose.)
- JULIA. (Dios de mi alma... ¡Estoy perdida!) (Yéndose por la izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

LA VIUDA DE LÓPEZ y SALAZAR. La primera en el mismo sitio que ocupaba al final del primer acto, leyendo un periódico y acabando de beber un vaso de cerveza.

- SALAZ. ¿Deseaba usted hablarme, señora?
- VIUDA. ¿Es usted el brigadier de Marina, don Cárlos Salazar?
- SALAZ. El mismo.
- VIUDA. ¿Su mujer de usted le ha hablado de mí?
- SALAZ. Cierto.
- VIUDA. Pues usted dispense; pero no es á usted á quien yo necesito hablar: es á Ricardo Ruiz, ¿estamos?
- SALAZ. Acaba de marcharse.
- VIUDA. ¿Á Madrid?
- SALAZ. Á Madrid.
- VIUDA. ¿Antes ó después de que su señora de usted le haya dicho que yo le esperaba?
- SALAZ. Antes.
- VIUDA. Señor mío, ¿por qué usted, que, no miente nunca, se

viene ahora con esos embustes?

- SALAZ. ¿Cómo sabe usted que yo no acostumbro á mentir?
- VIUDA. Porque eso se conoce en la cara, y porque lo hace usted muy mal. Soy bastante lista para saber lo que ha ocurrido, y voy á decirselo á usted. Apenas ha sabido Ricardo que le buscaba una persona, y gracias á las naturales vacilaciones de su mujer de usted, ha comprendido que era yo quien le esperaba. Su primer pensamiento habrá sido escaparse, porque es cobarde y no le gusta el escándalo y la publicidad; pero como ustedes le veían y hasta era natural que le pidieran una explicación por mi visita, ha determinado quedarse; afrontar la situación y echársela de ofendido. Vendrá, en cuanto acabe de ponerse grave y melancólico para hacerme una comedia. ¿Estoy en ello? usted le conocerá hace mucho tiempo, pero yo le conozco mejor que usted. (Señalando á la derecha.) De fijo estará escuchando detrás de esa puerta, y mirándome por la cerradura. Vaya, sal pronto, hijo; usted perdone, mi brigadier si trato su casa como país conquistado, pero el asunto es grave, y es preciso que ese señor se explique conmigo. Cuando quieras. ¿Me equivocaba? (Abre la puerta primera de la izquierda y sale Ricardo enojado.)

ESCENA II.

DICHOS y RICARDO.

- RIC. ¿Qué desea usted, señora?
- VIUDA. ¿Te la echas de digno porque hay gente? Pierdes el tiempo. El señor sabe quien soy y conoce nuestra situación respectiva. No hay más que verle para conocer que es un hombre todo verdad, todo decencia. Si tú fueras como él, no tendría yo necesidad de andar corriendo tras de tí.
- SALAZ. Mil gracias, y permítanme ustedes que me retire. Están ustedes en su casa.

- VIUDA. Si usted quiere quedarse, puede hacerlo. Por mi no hay inconveniente; pero por *él*, creo que es mejor que nos deje usted solos.
- SALAZ. Mucho mejor. (Ap. á Ricardo. Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA III.

LA VIUDA DE LÓPEZ, RICARDO.

- RIC. Ahora que estamos solos va usted á decirme con que derecho se ha permitido usted venir á buscarme á casa de unas personas que usted no conoce, para hacerme una escena ridícula é inconveniente. Felizmente para usted ha dado con una señora de esquisita educación y de extraordinaria bondad; otra, la hubiera arrojado á usted de su casa.
- VIUDA. ¿Has concluído?
- RIC. Y no me tutee usted aquí, en voz alta. ¿Por quién quiere usted que la tomen? ¿Olvida usted que vá á ser mi esposa?
- VIUDA. ¡Eso está por ver todavía! y además, yo hablaré como se me antoje. ¿Quién es esa chica?
- RIC. ¿Qué chica?
- VIUDA. La que has traído á esta casa.
- RIC. Es una niña.
- VIUDA. ¿De quién?
- RIC. De uno de mis amigos.
- VIUDA. Que se llama...
- RIC. Si hubiera querido dar su nombre, la hubiera reconocido.
- VIUDA. ¡Yal y eres tú el encargado...
- RIC. De velar por ella en ausencia de su padre.
- VIUDA. ¿Y por qué la has traído aquí?
- RIC. Porque su padre, amigo también del señor de Salazar, ha suplicado á este que desde hoy se encargue de ella.
- VIUDA. ¿Y por qué no me has hablado tú nunca de esa niña, ni de ese amigo?

- RIC. Porque era un secreto.
- VIUDA. Ya te figurarás que no creo una palabra de todo cuanto me dices.
- RIC. No valía entónces la pena de preguntármelo.
- VIUDA. ¡Yo quiero saber la verdad, la verdad completa!
- RIC. Ya la he dicho.
- VIUDA. Esa niña, es hija tuya. (Con entereza.)
- RIC. Lo ha decidido usted. ¡Pues bien, es hija mía!
- VIUDA. No trates de echarlo á barato. Te digo que es tu hija. ¿Dónde está la madre?
- RIC. ¡Ha muerto!
- VIUDA. Mentira.
- RIC. ¡Pues vive!
- VIUDA. ¿Te estás burlando de mí?
- RIC. ¡Usted no quiere creerme, no es culpa mía!
- VIUDA. ¿Por qué no me has confesado que tenías un hijo?
- RIC. Porque no me ha parecido conveniente.
- VIUDA. ¡Ah! ¿lo tomas de esa manera?
- RIC. Lo tomo como debo con una mujer con quien no se puede hablar en razón, y que está siempre dispuesta á armar escándalos y á suscitar querellas y disputas como la gente ordinaria.
- VIUDA. ¡Es verdad! ¡yo soy una cualquiera, una mujer ordinaria, como tú dices. Apenas si sé leer y escribir... y en cuanto á hablar, hablo como Dios quiere. He sido criada de una fonda... Ciertamente, pero hoy soy la Viuda de López y tengo tres casas en Madrid que me dan diez mil duros de renta. ¡Tú en cambio eres un caballero! un señor muy fino .. pero de aquí... (Señalando al corazón.) Dios guarde á usted muchos años!... Así sería poco más ó ménos la madre de la chica! ¿No es verdad que era una señorita muy fina y muy bien educada?
- RIC. Probablemente.
- VIUDA. ¿Y bonita?
- RIC. ¡Muy bonita!
- VIUDA. ¿Y la sigues viendo todavía? ¡Contesta, hombre contesta!

- RIC. Ya he dicho que ha muerto.
- VIUDA. Tu palabra...
- RIC. Mi palabra...
- VIUDA. ¡De honor!
- RIC. ¡De honor!
- VIUDA. ¿La querías mucho?
- RIC. Sí.
- VIUDA. ¿Mucho?
- RIC. ¡Mucho!
- VIUDA. Y... ¿Cuándo ha muerto?
- RIC. Hace dos años.
- VIUDA. ¿Cuando ya me conocías?
- RIC. Exactamente.
- VIUDA. ¿Y la visitabas?
- RIC. Nunca. Estaba enferma y ni podía recibirme en su casa, ni salir de ella.
- VIUDA. De modo que tampoco podía ver á su hija?
- RIC. Tampoco.
- VIUDA. Tanto mejor. Ya ves lo que sufro. Tú me has engañado. Me has dicho que nunca habías amado á nadie y era mentira. ¿Y por qué no has cumplido con tu deber? ¿Por qué no te casaste con ella? ¿Era pobre acaso?
- RIC. Una larga ausencia mía la hizo creer en mi abandono y á mi vuelta la encontré casada.
- VIUDA. ¡Claro; como que te despedirías de ella á la francesa! Como que al ver el resultado de tus galanterías, echarías á correr diciendo «ahí queda eso.» ¡Los caballeros suelen portarse así siempre! ¿Y cómo ha sido bautizada la niña? ¿Cómo ha sido inscrita en el registro civil?
- RIC. Como hija de padres desconocidos.
- VIUDA. ¡Y tan desconocidos! ¡bonitos padres! ¿Y por qué no la has dado tu nombre, ya que no querías darle otra cosa?
- RIC. Porque no podía reconocerla, sin comprometer á la madre.

- VIUDA. ¿Y ahora es verdad todo eso?
- RIC. Fácil es averiguarlo.
- VIUDA. ¿Cómo?
- RIC. Yendo al registro civil, y á la parroquia de San Sebastian. No hay más que buscar la fecha... once de Agosto de mil ochocientos setenta y ocho; y los nombres de Clara, María, Paulina.
- VIUDA. Con que hace tres años que te conozco y en ellos no he podido adivinar nada de esto. ¡Eres listo y disimulado si los hay! ¿Qué confianza puedo yo tener en tí en adelante? ¿Qué va á ser de nuestra vida? ¿qué situación va á ser la nuestra?
- RIC. Una situación insostenible; y por eso lo mejor que podemos hacer uno y otro es separarnos desde ahora para siempre. Existe entre nosotros una diferencia inmensa de caracteres y costumbres. Usted no ha de variar los suyos, y será siempre violenta, arrebatada y celosa; yo por el contrario, y suceda lo que suceda, se guardaré ante todo las formas sociales. Usted es muy buena en el fondo; yo no olvidaré nunca lo que la debo, pero como no heraos de poder entendernos, y como en la sociedad á que yo pertenezco, hay delicadezas, exigencias y necesidades de educación y buen trato, que usted no comprenderá jamás, debemos evitar que una vez casados, no pudiendo entendernos, concluyamos por odiarnos.
- VIUDA. Todo eso no me prueba más que una cosa; que no me quieres, ni me has querido nunca. Mi educación es mala, convenido; carezco de esa delicadeza que dices, conformes; pero si soy recelosa y violenta lo debo á tus continuas mentiras y á tu falta de lealtad y franqueza. Sabes el imperio que ejerces sobre mí; sabes lo que te amo, y haces de mí lo que quieres; pero no abuses, créeme, no abuses de tu poder, porque el día que yo llegue por culpa tuya á arrojarte de mi corazón... no te arriendo la ganancia. Nuestra boda es cosa decidida; toda mi fortuna es tuya hoy y el



- día de mi muerte. Quiero probarte que con mala educación y malas maneras, pueden las gentes tener un corazón noble y honrado y que yo estoy contenta con el mío. Concluyamos: ¿La madre de esa niña ha muerto realmente?
- RIC. Ya he dado mi palabra.
- VIUDA. Pues, bien; ve á buscarla y á casa en seguida. Yo me encargo de ella. Yo seré su madre.
- RIC. ¿Usted? (Sorprendido.)
- VIUDA. Sí, yo; no dirás que no te quiero; ¡y ya verás si sé ser madre! ¡Pues poco que me gustan á mí los chicos! Y no hay que hablar más de esto. No me caso contigo sino con la condición de que tu hija viva con nosotros.
- RIC. Pero ¿á qué tomarse usted esa molestia? ¿Para qué imponerse semejante sacrificio?
- VIUDA. Eso tiene gracia ¿y para qué causar esa molestia é imponer ese sacrificio á los extraños? Tú eres toda mi familia; yo soy toda la tuya; pues lo natural y lo decente es que tu hija sea la nuestra.
- RIC. Ciertamente, pero...
- VIUDA. ¿Pero qué?
- RIC. La señora de Salazar encontrará muy extraordinario...
- VIUDA. Que tú eduques á tu hija, y que yo al casarme contigo la acepte como mía? Lo extraordinario sería lo otro.
- RIC. Francamente, yo creo que lo mejor para esa niña es que se quede aquí.
- VIUDA. ¿Vamos, temes que la eduque mal? Descuida, tendrá los mejores maestros de Madrid. Hay dinero largo...
- RIC. Sí, pero ¡qué diantre! No se viene á casa de unos amigos á pedirles que se encargen de una niña, para venir á recogerla dos horas después. Van á creer que yo no tengo voluntad propia y que se me maneja de cualquier modo. Es cuestión de amor propio.
- VIUDA. No hay cuestión de amor propio que valga, y los seño-

res de Salazar aprobarán por el contrario que tú te lleves á tu hija desde el momento que yo consiento en ello. Además, me parece que en dos horas no la habrán tomado mucho cariño, y si tienen algún interés por ella se alegrarán de este desenlace que es una gran felicidad para la muchacha. (Se dirige á la derecha.) Y voy á explicárselo yo misma, puesto que tú no te atreves.

Ric. No hace falta. Ya que es un empeño, será forzoso acceder á él; tendrá usted á mi hija; y el día que se harte usted de ella la volveré á esta casa ó la llevaré á otra parte.

VIUDA. ¡Yo! ¿Pero por quién me tomas? ¿Crees acaso que aunque me hicieras todas las perrerías del mundo la iba yo á pegar con tu hija? ¿Qué cosas se le ocurren á estos señoritos! La educación servirá para saber tratar con las gentes y no decir ni hacer inconveniencias ni groserías, pero para tener buenos sentimientos y no hacer canalladas, no hace falta maldita. ¡Yo tratar mal á una pobre criatura que no tiene madre! ¡Aguarda! Ahora verás como lo arreglo.

Ric. Pero, ¿qué va usted á hacer?

VIUDA. ¿Qué hora es? La una. (Mirando el reloj.) Perfectamente: una hora para ir á Madrid; otra para hacer lo que tengo que hacer...

Ric. ¿El qué?

VIUDA. ¡Lo que á tí no te importa!

Ric. ¡Me hace usted temblar!

VIUDA. ¿Temes que haga alguna barbaridad? Descuida. Otra hora para volver: estaré aquí entre cuatro y cinco en mi berlina, y nos llevamos en ella á la chica.

Ric. Hoy no...

VIUDA. ¿Por qué?

Ric. Porque Salazar, que parte mañana para Filipinas, me ha invitado hoy á comer, y yo he aceptado; no es cosa de decirle ahora que rehusó.

VIUDA. Es verdad. Comeremos aquí todos juntos: él me con-

vidará!
Ric. Lo dudo.

VIUDA. Yo sé lo que me digo: esta tarde, él y yo, seremos los mejores amigos del mundo. No te digo más. Quédate con tus amigos y anúnciales mi resolución. Á mi vuelta yo me disculparé con ellos por haberme marchado ahora sin despedirme, pero tengo prisa. Ya ves cómo voy aprendiendo á tratar á las gentes. ¡Adios; te quiero más de lo que tú mereces; veremos cómo me pagas; y en cuanto á esa pobre niña, desde hoy tiene ya en el mundo quien la quiera! (Se dirige resueltamente por el foro, y vuelve.) Tengo seca la garganta... (Bebe un poco de cerveza.) Hasta luégo... Vaya un día, señores, vaya un día!... (Vase.)

ESCENA IV.

RICARDO.

Por fortuna nada sospecha y todo se ha arreglado mejor que yo pensaba: ahora es indispensable hacer que Julia se resuelva á desprenderse de su hija: si no, ella está perdida y yo también.

ESCENA V.

RICARDO, JULIA entrando apresuradamente.

JULIA. Acabo de ver salir á esa mujer. ¿Por qué esta visita? ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué ha descubierto?

Ric. Que yo soy el padre de Clara y nada más: pero para darme una prueba de cariño quiere encargarse de mi hija.

JULIA. Habrá usted rehusado... (Con temor.)

Ric. He consentido, é iba á noticiárselo á usted. No podía hacer otra cosa. ¿Qué razones darla? Mi sola vacilación la hubiera hecho adivinarlo todo.

JULIA. Esa niña está aquí, y aquí permanecerá. ¿No ha comprendido usted la extensión de mi cariño hacia ella

:

al verme aceptar con mi silencio su infame supercheria; y al no impedirle que sorprenda la confianza del más honrado y del mejor de los hombres? ¿Y usted cree, que después de este horrible esfuerzo, mi amor va á devolver á usted á mi hija, consintiendo en separarme otra vez de ella, y ahora para siempre, puesto que el dársela á su mujer de usted es condenarme á no verla nunca?

Ric. Yo se la traeré á usted de tarde en tarde...

JULIA. Inútil. Busque usted un medio. ¡Arregle lo que quiera, eso no es cuenta mía!

Ric. No hay medio posible. Todo lo que he podido conseguir es evitar que la Viuda de López la noticiara á usted, en vez de ser yo, la resolución que había adoptado y de la cual no se volverá atrás nunca. Reflexione usted un momento y comprenda que la situación es grave, y que se trata de su tranquilidad de usted, de su porvenir, por el cual me intereso, á pesar de la injusticia con que usted me trata. Aunque la viuda carece de educación, no la faltan ni penetración ni talento natural: he empezado por mentirla, pero obstinándose en no creerme, y por temor á un escándalo, ha sido preciso confesárselo todo, excepto lo que podía comprometer á usted, y bajo mi palabra de que la madre había muerto. Ahora bien; si ella adivina que esto no es cierto, y usted da imprudentemente á entender con su emoción ó su negativa que es usted la madre, ella supondrá que nuestra intimidad ha existido; después de mis relaciones con ella; creará que va á existir después de mi matrimonio, y entonces no tendrá más que una idea; la de vengarse; se lo contará todo á Salazar: su marido de usted querrá en el acto batirse conmigo, y como este duelo será á muerte, yo haré todo lo posible porque él no me mate. ¡Cada uno para sí!

JULIA. ¿Pero hasta cuándo ha de ser usted el tormento y la desesperación de mi vida?

Ric. No soy yo, son las circunstancias. Créame usted. Empecemos por ganar tiempo. Una vez ausente su marido de usted, podremos temerla mucho ménos, y buscaremos algún recurso que nos salve.

JULIA. ¡Dios de mi alma! ¿y cuándo va á venir esa mujer á buscar á mi hija?

Ric. Hoy mismo, de cuatro á cinco de la tarde.

JULIA. Pero es preciso ante todo que yo prepare á Clara para este acontecimiento imprevisto, so pena de que ella misma se venda y me descubra. Lo que esta mañana ha hecho es superior á su edad y á sus fuerzas, y á la menor imprudencia suya, mi marido lo conocerá todo; y yo moriré de dolor y vergüenza, sin que mi muerte sirva para nada. Usted que tiene sangre fría, dominio sobre sí mismo, y que mira todas las peripecias de la vida por el lado práctico y positivo, busque usted á mi esposo y téngale alejado de este sitio todo el tiempo que yo necesite para hablar con Clara, y para que no pueda sorprender sus lágrimas ni las mías. Luego, y cuando la Viuda llegue, si usted puede obtener de ella que me la deje hasta mañana después de la marcha de mi marido, yo le quedaré á usted reconocida. En cuanto á las razones que usted haya de darla, usted las encontrará más fácilmente que yo, que tengo la cabeza loca! ¡Vaya usted, vaya usted pronto; es el único favor que le haré á usted pedido en mi vida, y será también el último; yo se lo juro!

Ric. Calma, Julia; sangre fría... ¡y cuente usted conmigo!

JULIA. ¡Gracias! (Vase Ricardo por la derecha.)

ESCENA VI.

JULIA, sola. Se sienta.

¡Estoy perdida... perdida! ¡irremisiblemente ó como mujer, ó como madre! ¡Oh! ¡qué pronto se pierde la dicha! Dos horas excasas hace que había empezado...